

Capítulo 6



Valoraré el regalo de ser miembro de iglesia

Imagina un niño ante dos situaciones. En la primera, la madre le manda limpiar su cuarto. Tiene que quedar impecable. Posiblemente, «Pablito» deba dedicarle un esfuerzo de varias horas. Si no alcanza la perfección, no será aceptable. Le guste o no, el cuarto deberá estar más limpio que nunca.

En la segunda situación, la madre le dice a Pablito que alguien le ha dado un regalo increíble. Está en su envoltorio, listo para que lo abra. Le asegura que nunca recibió un regalo como ese y que jamás recibirá uno igual; Pablito está cada vez más entusiasmado. Ese regalo le traerá interminables horas de dicha.

Ahora, si Pablito pudiera elegir entre la primera situación y la segunda, ¿cuál escogería?

¡Qué fácil!... Sí, sé que la posibilidad de que se den estas situaciones es remota, pero también sé que elegir entre ellas no entraña ninguna dificultad.

Cada miembro de iglesia enfrenta dos situaciones igual de distintas, y elegir entre ellas es igualmente fácil.

En el primer caso, entendemos que ser miembro de iglesia es semejante a ser miembro de un club, como señalamos en capítulos anteriores. Nos unimos a una iglesia para ver qué podemos obtener de ella. El pastor debería alimentarnos con sus sermones. Hemos especificado un margen aceptable para la duración del sermón. El estilo de música debe ajustarse exactamente a nuestros gustos. Cualquier variación será inaceptable. Los programas y los ministerios son para nuestro beneficio. Nosotros determinaremos qué cosas son de nuestro agrado y cuáles no. Somos miembros y esperamos ventajas, privilegios y servicio.

¿Qué pasa, entonces, cuando a un miembro del «club» de la iglesia se le pide que contribuya a la obra de la congregación? ¿Qué sucede si se le pide que ayude unas semanas con los niños de la guardería? ¿O que dirija una clase de estudio bíblico para varones de quinto grado?

La respuesta es previsible. El miembro del «club» accederá a nuestra solicitud por obligación, porque tiene una idea legalista sobre el servicio. No es lo que desea hacer; al fin de cuentas, ser miembro del club de la iglesia no debería implicar trabajo sino ser servido. Pero como se lo pidieron... acepta a regañadientes y comienza el ministerio de mala gana.

No durará mucho tiempo.

Otros miembros del «club» de la iglesia simplemente se enfurecen cuando se les pide que colaboren. Algunos responden que ya trabajaron bastante cuando eran jóvenes. Parecería que sienten el ministerio como una condena. Otros ni siquiera explican por qué no ayudarán: están simplemente indignados de que les hayan pedido algo semejante. Por último, otro grupo de miembros del «club» de la iglesia se enoja con los pastores. Al fin de cuentas, para eso se les paga: para que trabajen. Esos pastores son simplemente perezosos, quieren trabajar lo menos posible.

Sin embargo, hay otra manera de ser miembro de iglesia. Es la opción bíblica, que entiende la membresía como un regalo, algo para atesorar. Ser miembro de iglesia significa que tenemos la oportunidad de servir y dar, y no lo hacemos por obligación.

Nuestra actitud cambia por completo al comprender la membresía según la enseñanza bíblica.

La perspectiva bíblica del regalo que es ser miembro de una iglesia

Me convertí en seguidor de Cristo cuando era adolescente. Mi entrenador de fútbol en la secundaria, Joe Hendrickson, me enseñó este versículo de la Biblia: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23). Me explicó que todos somos pecadores. Nadie merece la salvación, sino la muerte (ver Rom. 6:23).

Hendrickson me mostró que Jesús sufrió el castigo que merecía yo. Él fue mi sustituto en la cruz. Por mí, Él se hizo pecado: «Al que no cometió ningún pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que en él nosotros fuéramos hechos justicia de Dios» (2 Cor. 5:21).

Aquella tarde, después de que el entrenador compartiera el evangelio conmigo, me arrepentí de mis pecados y deposité mi fe en Jesucristo. «Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepíentanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor» (Hech. 3:19, NVI).

Cuando nos arrepentimos de nuestro pecado y confiamos en Jesucristo, recibimos el don de la salvación: «Ciertamente la gracia de Dios los ha salvado por medio de la fe. Ésta no nació de ustedes, sino que es un don de Dios; ni es resultado de las obras, para que nadie se vanaglorie» (Ef. 2:8-9).

A lo largo de la Biblia, versículo tras versículo nos habla del don de la salvación, el regalo de la obra de Cristo por nosotros; por lo tanto, no podemos ganar la salvación mediante nuestras propias obras.

Cuando recibimos el regalo de la salvación, nos convertimos en parte del cuerpo de Cristo. El apóstol Pablo, antes de describir algunos de los dones del Espíritu, expresó: «Todos ustedes en conjunto son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es parte de ese cuerpo. A continuación hay algunas de las partes que Dios ha designado para la iglesia» (1 Cor. 12:27-28, NTV).

¿Entiendes lo que está pasando? Recibiste un regalo, el don de la salvación eterna. Con ese don, recibiste la vida eterna, el perdón de los pecados mediante la muerte de

Cristo en la cruz, la adopción por parte de Dios el Padre, y la presencia y comunión del Espíritu Santo.

Y también te convertiste en parte del cuerpo de Cristo.

Efectivamente: ser miembro del cuerpo de Cristo, la Iglesia, es un regalo de Dios.

No es una obligación legalista. No es ninguna ventaja asociada a un club exclusivo. No es una carta de derechos.

Es un regalo. Un don de Dios. Un regalo que deberíamos atesorar con alegría y expectativa.

¿La Iglesia universal o la iglesia local?

Algunos argumentan que el cuerpo de Cristo se refiere a la Iglesia universal, el conjunto de todos los creyentes en todo lugar y todos los siglos.

Tienen razón.

Sin embargo, la Iglesia universal y la iglesia local no son mutuamente excluyentes. Por el contrario, la mayoría de los libros del Nuevo Testamento se escribieron para tratar asuntos que atañen a las iglesias locales y están dirigidos a estas. Hechos es el relato histórico de la obra del Espíritu en las iglesias en Jerusalén, Antioquía, Chipre, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Panfilia, Macedonia, Tiatira, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, Cesarea, Éfeso, Troas, Roma, Malta y muchas otras.

Observa cuántos libros del Nuevo Testamento están dirigidos específicamente a las iglesias locales: Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Tesalonicenses. Cuatro epístolas de Pablo están escritas a personas en contextos específicos a una iglesia: 1 y 2 Timoteo, Tito y Filemón. Aun Apocalipsis está dentro del contexto de las cartas a las iglesias locales.

¿Qué quiero decir con esto? Que limitar tu participación a la Iglesia universal no es más que una pobre excusa y carece de valor. La Biblia enseña con claridad que debemos vincularnos con una iglesia específica, en un contexto particular.

Entiende el regalo

Ser miembro de una iglesia es un regalo. Los regalos deben ser valorados. No hay que darlos por descontados ni desestimarlos. Como es un presente, deberíamos estar siempre agradecidos. Cuando hay gratitud, tenemos menos tiempo y energía para ser negativos.

Si recibimos un regalo y realmente lo apreciamos, es natural que queramos corresponder al Dador. Por lo tanto, concebimos el servicio a Dios como la respuesta natural del gozo de nuestra salvación y la alegría que conlleva ser miembro de una iglesia. Consideramos que servir al Rey es un privilegio, y procuramos encontrar oportunidades para servir en la iglesia.

Cuando recibimos un regalo, apreciamos a toda la familia del Dador. Como a ti, Dios ha adoptado a otros hijos e hijas; los demás miembros de la iglesia también han recibido el regalo de salvación. No son perfectos, pero tú tampoco lo eres. Son hipócritas,

como tú. Sin embargo, dado el gozo abundante que sientes por haber recibido el don de la salvación, sirves a los demás miembros con el mismo gozo.

Ser un saludable miembro de iglesia significa que te gozas en ser el último, y no buscas siempre ser el primero y salirte con la tuya.

Lee el pasaje de Mateo 20:26-28. Algunos de los discípulos de Jesús discutían por ser el primero, por mandar. (Nada extraño, ¿no?) El Señor los reunió y les dijo que sus actitudes eran repugnantes. No usó exactamente ese término, pero fue lo que quiso decir.

Entonces, les explicó lo que significa seguirlo de verdad. «Pero entre ustedes no debe ser así. Más bien, aquel de ustedes que quiera hacerse grande será su servidor; y aquel de ustedes que quiera ser el primero, será su esclavo. Imiten al Hijo del Hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos».

¿Se entiende? Ser miembro de una iglesia es un regalo. Agradecemos los presentes que recibimos. Una manera clave de expresar nuestra gratitud es servir como Jesús sirvió y hacer lo que nos mandó.

Seguramente, las iglesias serían mucho más saludables si los miembros se propusieran servir y ser los últimos.

Podrías empezar tú mismo.

La sexta promesa

Cuando nos creemos con derecho a algo, adoptamos una pésima actitud. Siempre estamos reclamando lo que creemos que merecemos. Nos indigna no poder salirnos con la nuestra.

Sin embargo, cuando comprendemos que la vida, la salvación y la membresía en una iglesia son regalos, toda nuestra perspectiva cambia. No nos creemos con derecho a nada, no tenemos expectativas. En cambio, queremos ser los últimos y recibir poco, porque eso fue lo que hizo Jesús. Y queremos asemejarnos a Él.

Ser miembro de una iglesia es un regalo, un admirable regalo.

Así deberíamos considerarlo.

La sexta promesa

Yo soy miembro de una iglesia.

Ser miembro de una iglesia es un regalo. Cuando recibí el don de la salvación mediante Jesucristo, me convertí en parte del cuerpo de Cristo. Poco después, me identifiqué con una congregación local y me bauticé. Ahora me siento honrado de servir y amar a los demás miembros de nuestra iglesia. Oro para no desestimar

nunca mi membresía, sino para verla como un regalo y una oportunidad de servir a los demás, y de ser parte de algo mucho más grande que cualquier individuo o miembro.

Firma y fecha

Preguntas de estudio

1. ¿Qué relación hay entre el don de la salvación y el regalo de ser miembro de una iglesia?
2. ¿Por qué hay tantos miembros de iglesia que se creen con derechos? ¿Qué enseña la Biblia sobre eso?
3. Explica cómo los cristianos pertenecen tanto a la Iglesia universal como a la iglesia local.
4. Lee toda la historia de Mateo 20:20-28, cuando Jesús reprende a Sus discípulos. ¿Cómo relacionarías esa historia con la membresía en la iglesia?
5. La última pregunta. Repasa todas las promesas que has hecho como miembro de una iglesia. Cuando las consideras en su conjunto, ¿qué áreas te resultarán las más difíciles? ¿En cuáles podrías hacer cambios inmediatos?